

Arpini, Adriana. *Filosofía, crítica y compromiso en Augusto Salazar Bondy.* Lima, Fondo Editorial del Congreso de Perú, 2017, 258 págs.

Filosofía, crítica y compromiso, son los tres registros que Adriana Mariana Arpini eligió para titular una investigación de largo aliento sobre Augusto Salazar Bondy. Efectivamente, dicha triada sirve para activar determinadas zonas del corpus teórico legado por el filósofo peruano. Se trata de un ejercicio importante, en tanto que pone a discusión tópicos comunes en la “filosofía latinoamericana”, abordando un conjunto de tensiones al seno de dicha corriente, en manos de un autor quizá levemente menos conocido, con respecto a otros como Leopoldo Zea. Salazar Bondy es entonces el motivo de indagación de un conjunto de producciones que en el tránsito de la primera a la segunda mitad del siglo XX colman los espacios teóricos de producción en la región. La obra de Arpini nos conduce a la especificidad de dichos motivos productivos.

En tanto que aporte filosófico estamos no ante un comentador, sino frente a un productor, en ese sentido el peruano opera su filosofar a partir de problemas y no necesariamente de autores. Esto nos coloca en un ámbito, como decíamos antes, de tensiones: por un lado, las apropiaciones de sentidos que pretenden ser universalizables y por el otro las particularidades productivas de dichas apropiaciones.

Al ser problemas historizables y no solo contextuales, Arpini coloca los principales puntos de apoyo para concebir la filosofía de Salazar como una de carácter crítico. Apoyada en los problemas del valor, de la dignidad, de la realización humana y por último de la dupla dependencia/dominación, el filósofo peruano se presenta como un crítico de la sociedad capitalista. Finalmente, todo redondea con el compromiso como actividad práctica específica: se trata no de un conjunto de datos biográficos sobre militancias o participaciones esporádicas en esfuerzos colectivos, sino como el motor de la reflexión. El filosofar crítico de Salazar esta imbuido de una determinada forma en los combates de la época.

En el capítulo primero ofrece una síntesis biográfica de Salazar Bondy a través de distintas experiencias intelectuales. Así, relata su contacto tanto con México como con Europa, ambas plazas decisivas para orientar

un tipo de filosofar. También destaca la importancia que daba a temas como los de la educación y los valores; transitando finalmente al concepto de dominación y de liberación. Arpini propone una periodización en tres fases: una fase ontológica donde los temas de la esencia histórica ganan terreno; una segunda fase marcada por el problema de los valores desde el horizonte analítico, donde destaca la recepción de la obra de Wittgenstein y finalmente, en donde la dominación y la liberación marcan el derrotero de su reflexión. Para Arpini, como para otros autores, Salazar Bondy no es sólo un antecedente de la filosofía de la liberación, sino que en si mismo es una alternativa frente a las corrientes desarrolladas más tarde en el sur. Autor y obra quedan comprometidos entonces en un cierto devenir histórico, que avanza desde la organización oligárquica a la modernización desarrollista, cuyo máximo momento es el reformismo militar del general Alvarado, en el curioso y llamativo 68 peruano.

La periodización propuesta por la autora en su capítulo primero funciona como método para interrogar y activar los textos. No se trata entonces de una exposición cronológica o de ruptura en ruptura, sino de la conformación de una narrativa a propósito de una obra cuya coherencia adopta distintos leguajes. Las distintas posiciones al interior del filosofar son captadas de manera detallada por Arpini al momento de exponer los distintos diálogos que entabla. Se muestra entonces un Salazar Bondy preocupado por los motivos universales cuya expresión siempre está dada a partir de problemas específicos.

Si el capítulo primero mostró un panorama general, a partir del capítulo segundo se exponen los momentos específicos. Así, a partir de este último aborda la dimensión de los valores; esto es, los problemas de fundamentación del valor, los diálogos con las corrientes fenomenológica primero y después analítica. Arpini coloca la obra de Salazar en el debate mundial, a medio camino entre la ética y la epistemología. Del detallado despliegue que hace de las distintas formas en que el filósofo peruano reflexionó, se dejan ver claramente las preocupaciones coyunturales: la realización del ser, el problema de las condiciones en las que se fundamentan los valores, así como la operación del concepto de praxis. De lo fenomenológico a lo analítico para finalizar en una reflexión sobre el valor en condiciones de dominación. Queda claro que, a pesar de los

distintos momentos y diversos lenguajes utilizados, para Salazar Bondy el problema del valor es de carácter histórico y universal: se trata del problema de la dignidad de los seres humanos.

El capítulo tercero explora el problema del humanismo. Al igual que en la segunda versión se exploran las posibilidades de leer la obra del peruano en una clave que marcó gran parte del siglo XX. Confrontado con otras versiones humanistas, se presenta la obra de Salazar en su última producción, es decir la que atañe al problema de la dominación. Es de particular interés en la autora el comentario detenido del texto *Bartolomé o de la dominación*, en donde se rompe con figuras paternalistas de la dominación y se asume una formulación liberacionista original. Es decir, que se ejerce el filosofar humanista desde una praxis histórica, concreta y culturalmente situada, en la búsqueda de la realización de ciertos fines. Esos fines, sin embargo, se topan con una muralla que es exterior: la forma capitalista y el valor. Para el Salazar Bondy de esta temática el concepto de dominación formulado por Marx se encuentra centralmente en los escritos de juventud y en el análisis de la forma valor.

La autora señala que el del peruano es un humanismo crítico, conformado en una determinada historicidad y emergente respecto a las coordenadas dominantes. Con este último concepto hace referencia a que en la obra de Salazar se encuentra la posibilidad de entender al *otro* en su novedad histórica. El humanismo expresado en la filosofía del peruano es entonces inacabado, un proceso cuyo devenir corre a cargo de la praxis individual y colectiva, que logre romper con las murallas que impiden la realización de ciertos fines (a través de el diálogo).

El capítulo cuarto abreva sobre los problemas educativos que Salazar Bondy expuso a lo largo de su obra. Se trata de un problema que cruza al conjunto de su obra, en la cual se expresa en su preocupación filosófica, humanista y práctica. En este último ámbito destaca su participación en 1969 en la Reforma de Educación Peruana, durante el periodo de la Junta Militar Revolucionaria que dio el golpe el 2 de octubre de 1968 y estableció un gobierno nacionalista. Tanto en el tema de la educación como en el concomitante de la cultura, Salazar tensó siempre el dilema entre repetición y autenticidad o en otros términos entre dominación y liberación. Todo el problema educativo se desplegó a partir del problema de las posibilidades reales y efectivas de la creación cultural no

dominada. Arpini demuestra también que algunos de estos tópicos se fueron radicalizaron en la obra del autor, superando así la relación determinista entre educación y desarrollo, apuntando a una crítica de las políticas modernizadoras de la región, así como una crítica a la técnica capitalista que era recibida irreflexivamente por las políticas modernizadoras. Parta de esa radicalidad se muestra en sus trabajos a propósito tanto de la alfabetización integral (siguiendo a Paulo Freire, entre otros) como en la des-escolarización, que apuntaba a arrebatar el monopolio de la educación por parte del Estado.

El capítulo quinto es el más breve y que desarrolla una historia relativamente conocida: el debate entre Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy a propósito del estatuto de la filosofía en general y de la filosofía latinoamericana en particular. Como se sabe, ambos sostuvieron propuestas antitéticas: el peruano apuntalaba el problema de la dependencia como un límite para la autenticidad del pensamiento, en tanto que el mexicano aducía que no existía un pensamiento totalmente original, sino que este siempre era la traducción de determinados conceptos de acuerdo a las problemáticas específicas. Arpini trata de dismantelar las confusiones que se han dado a partir de los múltiples comentarios, señalando que, aunque la posición de Zea es correcta, comete algunos excesos al evaluar la postura de Salazar Bondy. Argumenta que este nunca apuesta a una originalidad total y sostiene que el mérito es justamente apuntalar las condiciones de dependencia y de imitación. La autora señala los méritos del peruano en la insistencia que tuvo de colocar a la filosofía más allá del discurso filosófico, para plantear con fuerza la imbricación con los problemas sociales y económicos más candentes.

El capítulo sexto explora la especificidad de la filosofía en la realidad latinoamericana a partir de lo que la autora denomina la “dialéctica entre dominación y liberación”. Aunque se repasan algunos de los tópicos presentados con anterioridad, la filósofa argentina apuntala las múltiples dimensiones que implica en Salazar Bondy la noción de dominación: un nivel político, un nivel ético y otro antropológico. Imbuido en las discusiones de la época sobre la enajenación y la des-enajenación, se ensaya una forma peculiar dichas versiones a partir de la postura del peruano, en donde la dominación y la liberación se encuentran en tensión perma-

nente en los distintos registros de la vida humana. Señala que la postura es de negatividad pues ello permite plantear siempre procesos de superación de momentos previos o bien de apertura a novedades históricas.

Podemos concluir que Arpini muestra un Salazar Bondy más complejo y profundo, en quien podemos encontrar distintas tramas problematizadas a partir del contexto local y regional. Lo presenta también como un filósofo que es parte activa de su época, que piensa en ella y a partir de ella. No es sólo un académico serio y connotado que Perú produjo; es también un filósofo preocupado por la práctica y comprometido con ella. Demuestra en el mejor de los sentidos lo que es la práctica teórica del filosofar: arranca de consideraciones universales para traducirlo a un contexto específico, el compromiso es político y es ético, todo ello sin interferir en la rigurosidad. Se trata de una tarea no fácilmente realizable, pues no se despliega en medio de una sociedad sin conflictos, contradicciones, violencia y persecuciones. Antes bien, es un mérito inmenso el haberse conducido como lo hizo a lo largo de su vida.

Jaime Ortega Reyna

Doctor en Estudios Latinoamericanos - UNAM (México)

jaime_ortega83@hotmail.com